

NÚMERO 28 /NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2025

TACHES Y TACHONES

REVISTA BIMESTRAL DE LITERATURA, ARTES
Y ALGO MÁS

WWW.TACHESYTACHONES.COM

REVISTA GRATUITA

DIRECTOR

Rodolfo O.

DIRECTORA EDITORIAL

Patricia Castillejos

CONSEJO EDITORIAL

Laura Pérez Martínez
Angelina Rivas Avila
Mónica Teresa Müller
Alejandro Ordóñez

COLABORADORES

Ítalo Mario Ruas Arias
Ana Lourdes Ross Aguilar
Marilú Ricalde
Álvaro Sánchez Ortíz
Felipe Nuñez
Damián Jerónimo Andreñuk
Alhué Lighuén Mora Mündler
Ari Guzmán

DISEÑO

Taches y Tachones

PORTADA

Rodolfo O.

Derechos reservados.
taches y tachones

Fin de año ¿fin de Era?

Termina 2025, la mayoría de la población se prepara para disfrutar la paz que acompaña a esta temporada, las familias se acercan, los amigos se reconcilian, los niños aguardan impacientes los regalos que llegan en las fechas señaladas y muchos esperan las siempre gratas vacaciones. Todo parece tan normal, que pocos son los que perciben el peligro que se aproxima porque mientras el grueso de la población mundial celebra el fin de año, pocos son, en verdad, los que intuyen la probabilidad de encontrarnos en el final de toda una Era y se abre una etapa de incertidumbre y de dolor. Afirmamos lo anterior porque hace poco más de ochenta y seis años las grandes potencias económicas del mundo se armaban hasta los dientes y se disponían a iniciar lo que se llamaría la Segunda Guerra Mundial. Hoy lamentablemente ese escenario de preguerra parece repetirse y cada día nos sorprenden nuevas armas y equipo bélico capaces de producir muertes, daños y secuelas inimaginables. Hoy, los gobernantes de los países poderosos juegan al ajedrez y su ambición no tiene límite y uno se pregunta cómo sería el mundo si esas fortunas se invirtieran para acabar con el hambre que asuela a millones de personas y se diera un auge inusitado a la investigación científica.

La mortandad y la destrucción que hoy nos acechan hacen que parezcan verdaderos juegos de niños los sufridos hasta ahora, y emerge del pasado remoto el recuerdo del Papa Inocencio I, en el Segundo Concilio de Letrán, (año 1139), quien angustiado por el rumbo que estaba tomando el mundo, prohibió a los ejércitos cristianos el uso de un arma letal que, a decir de él, ponía en riesgo de extinción a la humanidad entera; sí, se refería a un arma mortífera con la que hoy juegan los niños. ¡La ballesta!

CONTENIDO

pg.	Una ventana al mundo (poesía y cuento)
01	Catafixia para una barbarie/ Felipe Nuñez
03	Sobre un antiguo país llamado México / Felipe Nuñez
04	Una nueva idea existencialista / Felipe Nuñez
05.	Una flor que se abre / Damián Jerónimo Andreñuk
06	Escarmiento de luz / Damián Jerónimo Andreñuk
07	Resina interior / Alhué Lighuén Mora Mündler
08	Salamandra /Alhué Lighuén Mora Mündler
09	Pecado / Mónica Müller
10	Sonrisa III / Mónica Müller
11	¿ A dónde se fue Darsilio? / Ari Guzmán
13.	La ofrende del forense / Álvaro Sánchez Ortiz
17.	Mamushno / Mónica Müller
21.	El episodio excéntrico de una familia surrealista / Alejandro Ordóñez
	Hablemos de Libros (reseñas)
24	“Tierra de empusas.” Olga Tokarczuk / Marilu Ricalde
	El séptimo arte "Celuloide en llamas"
26	Sonríe / Italo Rúas
	El mundo y el arte
29	“El Aquelarre” de Francisco de Goya / Ana Lourdes Ross Aguilar

CATAFIXIA PARA UNA BARBARIE

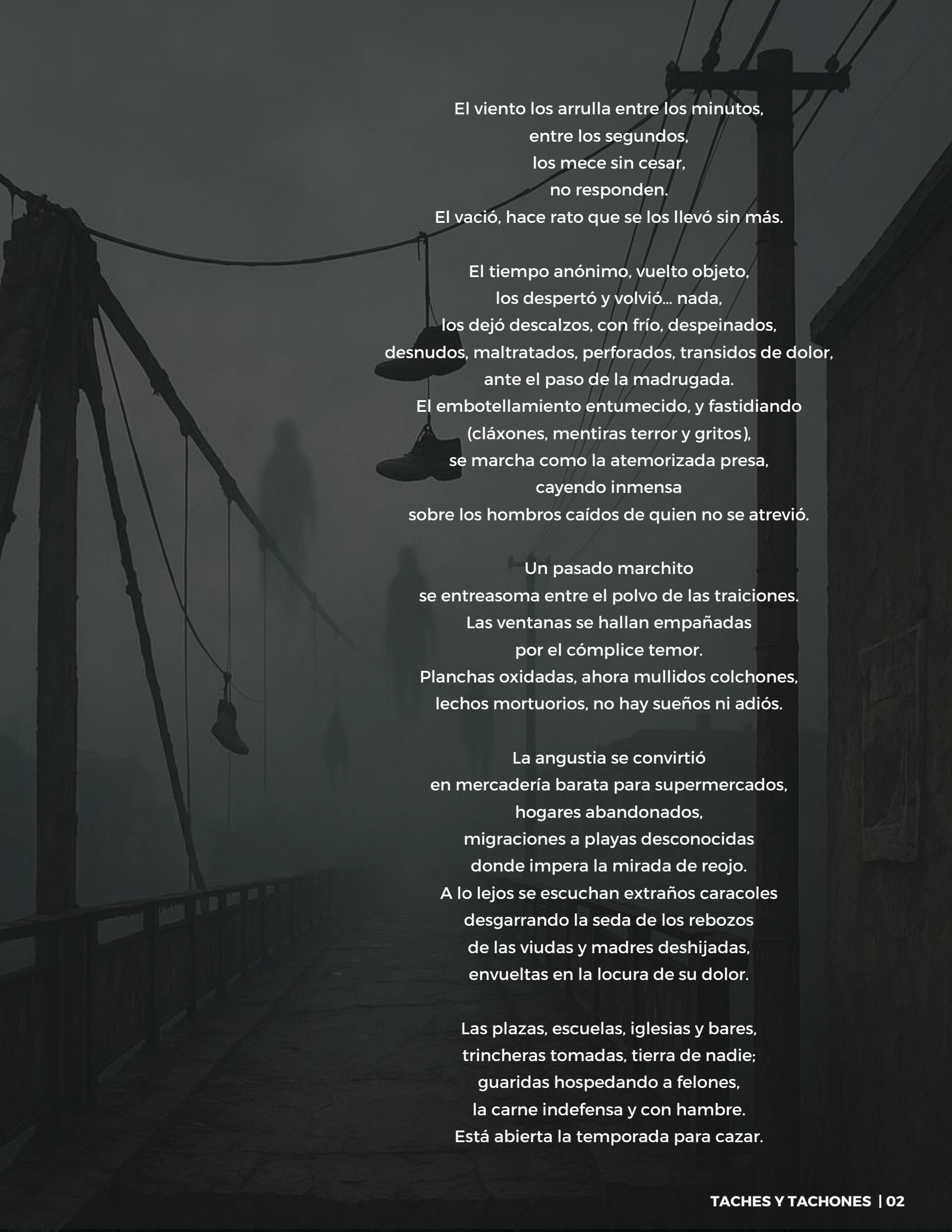
por Felipe Nuñez

De un puente quebradizo,
obra inconclusa de brumosa honradez,
suspendidos en monótono destino
cuelgan frágiles cuerpos ajusticiados
(como siempre, otra vez)
por la alevosía de la ausencia y el desatino.
Ominoso metrónomo de temores y silencios.
(Se siente la ausencia del preceptor y del juez).

No es aquel juego de niños
en el que colgaban viejos zapatones
sobre el infinito cablerío
alzado sobre casas, calles y vecinos.
No, ya no...

El ágora no deja de observar,
aunque se niega a dudar, a preguntar;
se embrutece ayunado de lucidez.
¿Será un nuevo truco publicitario?
-se pregunta azorado-
Se responde ya calmado -Si, eso, tal vez-
y después marcha tranquilo a sus
descansos y deberes cotidianos.

Los muertos, los colgados,
hambrientos nostálgicos del suelo
que alguna vez pisaron y los guió
(y en el que alguna vez bailaron y durmieron),
son ahora tristes saltimbanquis
devorados por un puto engaño cristero.
Nadie los perdonó.

A dark, atmospheric photograph of a suspension bridge. Several pairs of shoes are hanging from the bridge's cables. The scene is misty or foggy, with a building visible on the right side. The overall mood is somber and evocative.

El viento los arrulla entre los minutos,
entre los segundos,
los mece sin cesar,
no responden.

El vacío, hace rato que se los llevó sin más.

El tiempo anónimo, vuelto objeto,
los despertó y volvió... nada,
los dejó descalzos, con frío, despeinados,
desnudos, maltratados, perforados, transidos de dolor,
ante el paso de la madrugada.

El embotellamiento entumecido, y fastidiando
(cláxones, mentiras terror y gritos),
se marcha como la atemorizada presa,
cayendo inmensa
sobre los hombros caídos de quien no se atrevió.

Un pasado marchito
se entreasoma entre el polvo de las traiciones.
Las ventanas se hallan empañadas
por el cómplice temor.

Planchas oxidadas, ahora mullidos colchones,
lechos mortuorios, no hay sueños ni adiós.

La angustia se convirtió
en mercadería barata para supermercados,
hogares abandonados,
migraciones a playas desconocidas
donde impera la mirada de reojo.
A lo lejos se escuchan extraños caracoles
desgarrando la seda de los rebozos
de las viudas y madres deshijadas,
envueltas en la locura de su dolor.

Las plazas, escuelas, iglesias y bares,
trincheras tomadas, tierra de nadie;
guaridas hospedando a felones,
la carne indefensa y con hambre.
Está abierta la temporada para cazar.

SOBRE UN ANTIGUO PAÍS LLAMADO MÉXICO

por Felipe Nuñez

Hace tiempo escuché una canción,
hablaba de un antiguo pueblo
que siempre corría de un lado a otro
tratando de ganarle algo al tiempo.

Mañanas, días y noches
pasaban sin novedad
por sus muros y calles.

Era tal la prisa de aquel pueblo
que se ahogaba en miedo y pasión,
de no saber el momento
para llamarse a consideración.

No lo sabían... el abismo era su reloj,
y el tinte de su piel su única salvación.

Su memoria se había perdido... tampoco lo sabían,
pero descendían de flechadores del cielo, de la noche, del sol.

Así era su vida,
brújula a la deriva,
olvido sin saber que olvidaban,
eterna caída sin saber que lo hacían.
Tierra, patria, nación perdida,
dolo y dioses se confundían.
No había tiempo ni para el temor.

Hace tiempo escuché una canción,
sobre un pedazo de tierra seca,
sobre un laberinto de aromas y silencios,
levantado sobre cimientos
donde yacen serpientes de piedra
que empujaban, desde los sótanos,
furiosamente para poder salir.



UNA NUEVA IDEA EXISTENCIALISTA

por Felipe Nuñez

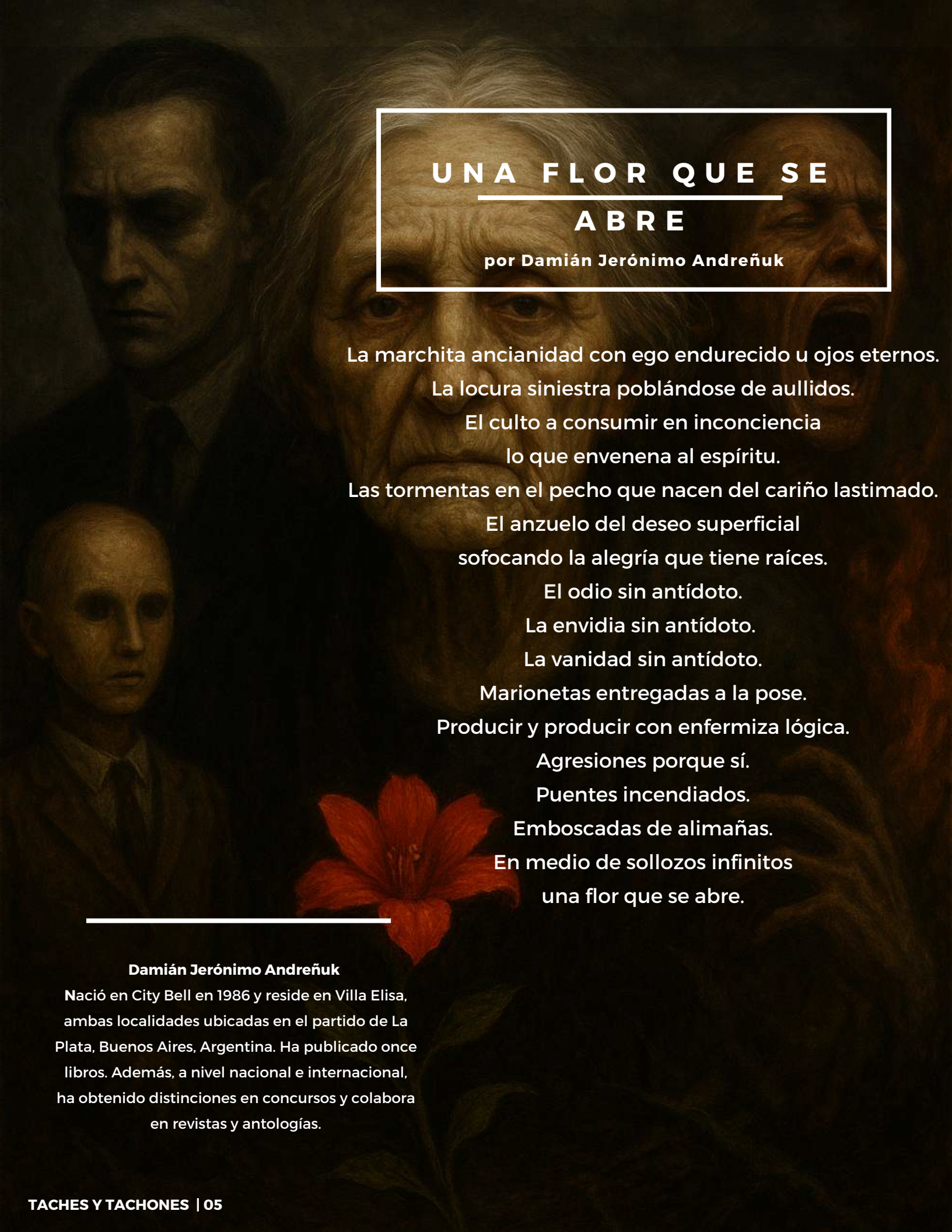
Que idea la de Ciorán:
Decidió suicidarse...
Manteniéndose vivo...

Felipe Nuñez

Estudió en la Universidad Autónoma Chapingo.

Trabaja temas de medio ambiente, sistemas sociales y desarrollo rural. Siempre ha sido un indio remiso, ama "Les Fleurs du Mal" de Baudelaire e "Illuminations" de Rimbaud. Regresa una y otra vez a la poesía de Villaurrutia y de Gorostiza. Nunca deja de pensar en la narrativa de José Emilio Pacheco, José Agustín y Parménides García Saldaña, y tampoco termina de "alucinarse" con la poética resistente, hambrienta y a contracorriente, de los Rupestres.

Ama las máximas infrarrealistas de Mario Santiago Papasquiaro, además del curado de nuez.



UNA FLOR QUE SE ABRE

por Damián Jerónimo Andreñuk

La marchita ancianidad con ego endurecido u ojos eternos.
La locura siniestra poblándose de aullidos.
El culto a consumir en inconciencia
lo que envenena al espíritu.
Las tormentas en el pecho que nacen del cariño lastimado.
El anzuelo del deseo superficial
sofocando la alegría que tiene raíces.
El odio sin antídoto.
La envidia sin antídoto.
La vanidad sin antídoto.
Marionetas entregadas a la pose.
Producir y producir con enfermiza lógica.
Agresiones porque sí.
Puentes incendiados.
Emboscadas de alimañas.
En medio de sollozos infinitos
una flor que se abre.

Damián Jerónimo Andreñuk

Nació en City Bell en 1986 y reside en Villa Elisa, ambas localidades ubicadas en el partido de La Plata, Buenos Aires, Argentina. Ha publicado once libros. Además, a nivel nacional e internacional, ha obtenido distinciones en concursos y colabora en revistas y antologías.

The background of the entire page is a painting. It depicts a woman with long dark hair, her eyes closed, with two large, dark, teardrop-shaped marks on her cheeks. Above her head is a faint rainbow. To her right, in the background, is a sea turtle. In the lower right foreground, there is a bright yellow flower. The woman is holding a large knife in her right hand, which is visible at the bottom of the frame.

ESCARMIENTO DE LUZ

por Damián Jerónimo Andreñuk

Para ver con claridad el arcoiris
y la exótica paz de una tortuga
afrontar las cicatrices en la sombra.
Sobrevivir a las criaturas poseídas
lágrima tras lágrima
como zafiros negros.

Forjé un cuchillo silencioso
con todo mi dolor acumulado
y lo clavé en inconsciencia repetidamente.

Un escarmiento de luz
para quien pide perdón por sus pecados.

La pasión en la historia de mi piel.

La dulce eternidad en un pétalo amarillo.



RESINA INTERIOR

por Alhué Lighuén Mora Mündler

Una colección de flores de vidrio
Malas elecciones
La historia de tu maquillaje
Lo que me cuentan en voz baja las arrugas
El cómplice hastío, sus lugares redundantes
Dios era la televisión
las pastillas otro falso remedio
Mi hacha de combate
Llegada la hora, bebo de tu agua estancada
un sorbo para el olvido, un sorbo para el recuerdo

Alhué Lighuén Mora Mündler nació y creció en El Bolsón, provincia de Río Negro, Argentina, en 1992. Es Licenciado y Profesor en Composición, título otorgado por la Escuela de Música, Facultad de Humanidades y Artes de la UNR. El comienzo de su labor poética se remonta al año 2009, cuando hacía uso de su propia página web (blog) como lugar y recurso para dar visibilidad a sus escritos.

A día de hoy, cuenta con diversas publicaciones bajo el sello de Abisinia Editorial: la antología 'El libro del polen. Corredores verdes para aves y polinizadores' (Colombia, 2022), así como su primer poemario titulado 'A la intemperie' (Argentina, 2023). Por otra parte, cuenta con participación en medios radiales ('El Barco Ebrio', Radio UNR); así como publicaciones en revistas literarias de diversos países: Hablar de Poesía (Argentina), Revista Aullido (España), Argentina Poesía, Revista Literaria Cardenal (México), Revista Miaenmí (Argentina), Abisinia Review (Argentina-Colombia) y La Poesía Alcanza (Argentina).

Actualmente reside en Rosario, Santa Fe.

SALAMANDRA

por Alhué Lighuén Mora Mündler

La savia espesa vuela
sobre un tren herrumbroso
Ahora sé descifrar las instancias de la
soledad
y la humedad que dejan otras realidades
el calor que no queda posado en los
objetos
yéndose tras apariencias sin trazo alguno

Una posible conexión entre las identidades
o una interacción desfigurada

Si tan sólo pudiera apartarme del mareo y
la furia
no quedarme en una esquina masticando
mi existencia
llenando la habitación con texturas del
insomnio
con océanos
en los que me gustaría saber nadar

PECADO

por Mónica Teresa Müller

Vacías paredes en negro desierto
en donde caminan las sombras
y dejan su aliento cargado de bruma,
de llanto y silencio.

La tierra se agita, penetro en los cuerpos,
retuerzo las manos que heladas tiritan,
intento e insisto que nazcan las risas.

La luz se hace turbia y vaga sin prisa
entre el diario comercio de vidas al vuelo.

Las voces pelean, algunas se aquietan
por miedo al festín del vendedor de sueños.

Vacías paredes en negro desierto,
hastadas albergan
oscuros pensamientos.

Estoy preparado en todo momento,
manejo esas vidas, de ellas me adueño.

Mónica Teresa Müller nació en Adrogué, Provincia de Buenos Aires, Argentina. Autora de cuentos, crónicas y relatos en las obras: "Palabras de Taller" (1999), "Los de Adentro" (2003), "Homenaje a Oliverio Girondo" (2003), "Torbellino de Palabras" (2010), "Sueños Dirigidos" (2014), "Polifonía" (2017), "El Lector y otros Emojis" (2018), Embajada de Emociones (2020) con GLA, Grupo Literario Ayacucho. Recibió menciones y primeros premios. Fue miembro fundador de la revista: "Visto desde aquí". Participó en Talleres Literarios del Programa Cultural en Barrios de la Ciudad de Buenos Aires.

SONRISA - III

por Mónica Teresa Müller

Muchos han escrito sobre la sonrisa,
pero no de la tuya que es solo mía.

Es la que acarició mis labios
en un roce mágico y distante,
nacido sin alientos disidentes,
sin alteraciones indiscretas,
que desde el vaho de los no,
se inmiscuyeran.

La misma que abrazó mi piel
con un rayo de luz sensual y permisivo,
con la ventura incomparable de brindar lo
reservado.

Te veo inmerso en ella,
unido en un solo gesto que acapara sin
darnos cuenta,
que es solamente mía, así, sin puntos
medios, sin dudas
que jueguen un absurdo manejo de
palabras.

¿ A D Ó N D E S E F U E D A R S I L I O ?

por Ari Guzmán

I

"Voy a vestir mis ojos con tus sueños para no olvidar mi existencia", murmuró el anciano como quien dice una oración y expiró. Del lagrimal lechoso brotó una inexplicable gota que se guardó en la ojerosa bolsa.

Inmenso silencio.

Su nieto lo miraba fascinado. Por cuarta vez estaba ante la muerte, la primera fue aquel mediodía en que nació llevándose consigo toda la vida de su madre; la segunda, cuando su tío llegaba a galope de la pizca, no controló al Carmelo y cayó, rompiéndose el cuello; la tercera, al ver cómo su abuela le retorció el cuello de la gallina colorada. Pero en esta ocasión, María Guadaña, a través de la siniestra de su abuelo, los engarrotados dedos seniles lo atenazaban del antebrazo. El nieto no podía soltarse. Tres jalones dio y nada. ¿Cómo zafarse?

El nieto observaba a su abuelo y se vio reflejado en los vetustos espejos: "Abuelo, ¿me está mirando?" Silencio, solo era la ilusión óptica como la de la figura de yeso del Señor de la Clemencia cuando se atrevía a mirarlo de frente. El nieto, con la mano que tenía libre, intentó cerrarle los párpados, pero estos se regresaban cual persianas descompuestas. Tras varios intentos, se rindió. "Ni muerto deja de vigilarme, ¿eh?"

II

Darsilio era el último de la descendencia de los Gonzarsa y el único en la familia de llevar el insigne nombre del abuelo, quien había nombrado a sus siete hijos y veintisiete nietos; a ninguno quiso darle su nombre, sólo a ese huérfano enclenque que se aferró a la vida tras el accidente. Su madre bajaba del microbús y un veloz motociclista la enredó con sus llantas. Cayó de panza y el sangrado fue abundante. Se desmayó murmurando: "mi bebé, salven a mi bebé". Algunos pasajeros y peatones intentaron ayudarlo, unos llamaron a la cruz roja y otros a la policía. En la confusión el motociclista se dio a la fuga.

La ambulancia se llevó a la señora quien se vaciaba de vida. Fue entonces que, por unos instantes, se asilenció la sirena, pero uno de los dos paramédicos, gritó: "¡El producto tiene pulso!" La sirena volvió a cantar por la vida y se abrió camino entre los autos.

En el quirófano, los médicos extrajeron al bebé quien no hizo más ruido que el golpeteo de su corazón. Tras un minuto exacto, lloró, débil, como si supiera de su orfandad, como si honrara la muerte de su madre. Le faltaban tres meses de gestación, así que lo recluyeron en la incubadora. Tan joven y ya estaba preso.

Cuando el abuelo escuchó esta historia, dijo: "Darsilio será conocido en el mundo y, ante la muerte de mi hija y la ausencia del cobarde de su padre, yo lo seré". Así que se lo llevó a vivir al pueblo, donde crecería como un hombre libre. El resto de la familia, consternada y envidiosa guardaron un silencio indiferente. Desde entonces y hasta el día de hoy, el abuelo y el nieto estuvieron ligados. Solo se tenían a ellos mismos.

La mano del abuelo era una tenaza.

—Viejo, ¿me quiere llevar con usted?, dijo Darsilio con voz desazonada. Miraba la habitación y la hallaba rara, como si de pronto todo hubiera envejecido: los retratos de la familia, la vieja mesa, la silla de las tres patas, el librero con sólo tres libros (la Biblia, las poesías de Santa Teresa de Jesús y la Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España de Bernal Díaz del Castillo) y el delgado método para tocar guitarra, contempló este último y pensó: «¿Por qué será que el viejo nunca aprendió?»

Una sucesión de imágenes formó un recuerdo: el atardecer, su abuelo sentado en el banquito de madera, sosteniendo la guitarra y haciendo lo posible por pulsar el acorde de LA mayor e intentar rasguear el corrido que tanto le gustaba. «Pobre viejo, le faltó coordinación». Y es que a Darsilio sólo le bastó con una vez para sacarle sonidos dulces a la guitarra. “Ven, hijo, toca La que se fue”, le decía su abuelo ya con cuatro mezcales encima... «¿Y dónde habrá dejado la guitarra?» Darsilio interrumpió el recuerdo y comenzó a buscarla hasta donde la mirada le alcanzaba. La guitarra con la que había perdido su virginidad musical, no estaba, había desaparecido.

Hasta ese momento se supo solo, huérfano de sí y del mundo. Entonces entendió la encomienda que su abuelo le hacía. Sintió el estómago vacío, los ojos hinchados de lágrimas, los huesos fríos, las venas amoratadas, la frente y todo su enclenque cuerpo, temblaba. Darsilio comenzó a desesperarse al saberse en las garras de la muerte, se quedó como estatua de sal al buscarse en el pasado; en ese pasado que ahora recrea en su memoria donde el abuelo siempre estuvo apartado: sea en un rincón de la casa o en medio del patio, solo, contemplando la nada del campo muerto.

—Viejo. Abuelo, también eras huérfano, como yo. Pero ya no más, dijo Darsilio y se puso de pie.

Darsilio sacó fuerzas de sus débiles músculos, la desesperación y la rabia que sentía le fortalecieron sus delgados huesos. Entre jadeos y maldiciones logró echarse a la espalda a su muerto. “Ya no más orfandad”, murmuraba como en una oración. A tropiezos llegó hasta la puerta. “Agárrese. Apriéteme bien fuerte”. Salió de la casa y los treinta grados de las dos de la tarde, lo golpearon.

Darsilio vio el camino de tierra, escuchó ladrar a los perros y hablar al perico: “Maldito calor. Tengo el corazón en chile. Maldito Darsilio, dame una cerveza”. Vio al gato persiguiendo una rata, las gallinas y la Betty estaban hambrientas. “Dales de comer a los animales y la vida lo hará contigo”, eran las palabras que siempre le repetía el abuelo. “¡Ay, abuelo!, no te dio tiempo de alimentarlas”, dijo Darsilio en voz alta al mirar el costal lleno de olotes, tortilla y demás desperdicios. La puerca, la Betty, iba a parir en estos días. Las crías se venderían y con el dinero liquidarían el adeudo del tractor. Fue entonces que Darsilio sintió cómo se aflojaba la mano que lo apresaba y el cuerpo de su abuelo era tan liviano que se escurrió como una gota de sudor por la espalda. Cayó. Darsilio era libre. El cuerpo del abuelo quedó recostado sobre su tierra que había pertenecido a la familia desde la época de la repartición.

Fue hacia el costal, lo tomó y entró al chiquero donde la puerca gruñía. “Come, Betty”, y vertió el costal en el recipiente, ella se acercó pesadamente y Darsilio le acarició la húmeda trompa. Alzó la mirada y vio la guitarra sobre la palangana de agua. Fue por ella, la afinó y tocó La que se fue, su lacrimosa voz resonaba en todo el chiquero. Tras el último acorde, suspiró y sintió el aire suave y cálido recorrerlo, lentamente.

IV

“Cuando me vaya, haz un hoyo ahí cerca de donde crece el maíz y plántame como a un grano”. Darsilio suspiró y durante horas se le vio picopala en la tierra. Furioso y triste guardó el comienzo de su existencia, para después, cerrar la casa e irse caminando con la guitarra al hombro y con la Betty a un lado.

Ari Guzmán

Teatrólogo, escritor y docente con veinte años de experiencia. Doctor en Humanidades, Doctor en Pedagogía moderna. Trabaja para el Colegio de Literatura Dramática y Teatro de la FFyL (UNAM), en la Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la FES Acatlán (UNAM), en la Licenciatura de Teatro y Actuación de la Universidad Anáhuac México Campus Norte y en el Posgrado del Claustro Mexicano de Ciencias Sociales (CLAMECSO). Forma parte de la Asociación Mexicana de Investigación Teatral (AMIT). Ha participado en Coloquios y Congresos nacionales e internacionales y colaborado en revistas especializadas en literatura y teatro.



LA OFRENDE DEL FORENSE

por Álvaro Sánchez Ortiz

La fotografía a blanco y negro hacía ver los azules ojos de la joven casi blancos, con ese efecto perturbador que a veces se detecta en las fotos victorianas de personas recién fallecidas. Y era lógico. Ella también estaba muerta. La foto se la había tomado el Forense sobre la plancha de autopsias, impresionado por aquella mirada que, aún desde el vacío de la carne inerte, parecía desafiar al mundo con la pregunta flagelante: “¿Quién me mató?”. Era un rostro ovalado, al estilo de los siglos clásicos, de labios delgados y dominado por los grandes ojos, de elíptica simetría. Se había incrustado en la conciencia del Forense desde que la trajeron, y fue la primera de sus “pacientes” de la que decidió conservar una imagen.

Tenía la fotografía enmarcada en un retrato que conservaba junto al monitor de su computadora; si alguien creía que era su hija, no hacía la aclaración correspondiente. Esa noche lo había tomado para ponerlo al centro de la ofrenda. Era el primer Día de muertos con ella, y sentía más ganas de honrarla que a sus parientes fallecidos, la mayoría de los cuales eran recuerdos de una sola línea (“Tu tío Malasio, el músico”) o pertenecían a una lista de nombres y vidas tan distante, que bien podían considerarse mutuamente desaparecidos de la faz de la Tierra.

En cambio, sentía un vínculo mucho más cercano con las víctimas que llegaban a su estación. Hubiera sido imposible honrarlas a todas, tal era el saldo de sangre del régimen de terror contenido en el término casi burocrático de Crimen Organizado, por lo que, desde que había tomado la foto de ella, había ido eligiendo a las que más le llamaban la atención, para conformar el grupo que honraría el 2 de noviembre.

En una de las paredes de azulejos había organizado los retratos —con el de ella al centro, por supuesto. Bajo las fotos, en una mesita, había colocado algunas flores de cempasúchil, media docena de veladoras y los manjares de la ofrenda: panes, fruta, cerveza, botanas, dulces. Unas cuantas hojas de papel picado completaban el conjunto. Sentía que así compensaba el olvido en el que se hundían esas víctimas, la mayoría de las cuales había terminado en la fosa común. Tal vez los familiares habían tenido que huir, tal vez no habían sido buenas personas, tal vez los matones habían acabado con toda la parentela, ¡sabrá Dios! El caso es que al menos él, que también era un olvidado y un nombre muerto, los homenajeaba esta noche en su humilde pared de azulejos blancos.

Del cajón inferior de su archivo sacó un pequeño garrafón plástico, lleno de un líquido amarillo de olor meloso. Su calidad inferior quedaba al descubierto por el escozor etílico que provocaba en la nariz. Antes, el Forense podía esperar hasta el fin de semana y embriagarse despacio en la hamaca del patio trasero de su casa, con algo mejor que ese ínfimo licor de caña. Pero hacía años que la Muerte trabajaba triple turno y no era fácil mantenerle el paso, ni para sus músculos ni para sus nervios. Extraer el hígado de un cadáver y pesarlo es una operación médica; acomodarle la tapa del cráneo a un niño ejecutado junto con su familia para que sus parientes no se den cuenta de la brutalidad de su asesinato, es una tortura. Y cada vez había tenido que recurrir al trago más pronto, más afanosamente. Ya lo habían atrapado bebido en el trabajo y le habían llamado la atención. Si todavía no lo corrían, era sólo para no atrasarse más con el trabajo pendiente. Sin embargo,

estaba convencido de que para estas fechas del próximo año estaría convertido en un borracho de banquetta. No le importaba.

También bebía para olvidar la humillación. Sus compañeros no comprendían su sensibilidad exacerbada porque ellos habían pasado por un proceso opuesto, hasta perder todo el respeto, el miedo y la compasión debidos a la muerte y la tragedia. Así, mientras el Forense se hacía más capaz de percibir el sufrimiento por sus huellas fisiológicas, sus compañeros se volvían cínicos y burlones. Hoy mismo, antes de irse, habían jugado a los muñecos de ventrílocuo sentándose unos cuerpos en las piernas (el más desinhibido le había metido los dedos a la cabeza de un decapitado para hacerla hablar). Luego se habían ido a sus casas, con sus familias, como hace la gente decente.

El trago ya le había quitado el frío cuando llamaron. Si era alguien buscando refugio, le invitaría de su garrafón; y si era alguien del Crimen Organizado que venía a ejecutarlo, también. Fue a paso lento hacia el portón metálico y descorrió las cerraduras. No era ni un perdido ni un sicario, ni siquiera era alguien de este mundo. Eran sus muertos, que venían a recibir su ofrenda y a agradecerle la atención.

El primero que llegó fue el dueño de la ferretería grande, el único que les había plantado cara a los extorsionadores. Lo habían baleado frente a su familia y luego lo habían descuartizado para dejar sus pedazos regados a manera de advertencia. Sin embargo, acá venía completo. Es decir, le faltaban unos dedos de los pies, cuyos huesos eran demasiado pequeños para encontrarlos, pero ya con la bota puesta ni se notaban.

Detrás de él, llegaron los dos sacerdotes: al que mataron por ir a la sierra, a tratar de convertir a los maleantes al buen camino (mejor les hubiera predicado a los peces), y al que castraron por agandallarse con un monaguillo que resultó ser sobrino de uno de los meros meros. El de la sierra bajó como Moisés, rodeado por un brillo color ámbar que le emanaba de todo el cuerpo; el otro se la pasa persiguiendo perros, a ver cuál de ellos tiene su aparato entre los dientes. Como no se soportan, en cuanto entraron cada uno se fue por su lado.

Después entró el chamaco, pidiendo disculpas, como siempre desde que se murió. Era sicario y nomás se salvó del Infierno porque su tía rezaba mucho por él. Hasta tiene chamuscada la mano con la que los demonios se lo estaban jalando al Averno. Ahora se la vive llorando para erosionar el cerro de sus culpas (un atillo al costado del pueblo que sólo los muertos pueden ver). El día que termine, será perdonado.

El Forense se siente complacido por las visitas. Les sonríe a todos con los ojos chispeantes y una mueca que ya delata la estupidez del beodo. Le muestra a cada uno su fotografía y, con la voz un poco barrida, le explica por qué prefirió imprimirla a blanco y negro o a color. Y les ofrece trago.

Para cuando se sientan a la mesa, la conversación es animada. La mesa es, en realidad, una de las planchas. Muchos compañeros han criticado al forense por comer allí, pero él defiende el estándar higiénico del acero inoxidable y afirma apodícticamente que, después de una buena limpieza, se halla más pulcro que “la matriz de una virgen”.

El Forense preside desde la cabecera, recibiendo de los invitados una consideración que los vivos le niegan. A su izquierda se halla aquel joven que acudió a una oferta de trabajo, que resultó ser la forma que en los tiempos actuales ha adquirido la leva del Crimen Organizado. Trató de escapar y lo ametrallaron. Cuando la novia insistió en saber cuántas balas le habían entrado, el Forense se quedó sin habla por primera vez en su carrera, y lo único que pudo hacer fue entregarle a la joven el saco que se había puesto su novio para la entrevista, así podría contar los agujeros. Eso contravenía todos los protocolos sobre la custodia de evidencias, por supuesto. Pero, en esa ocasión, el Forense optó por romper las reglas.

—¿Crees que ella todavía piense en mí?

—Claro que sí.

—Pero no me puso ofrenda.

—Es que está muy ocupada. —Dijo el Forense, con tono conciliador y con la tristeza de saber que la muchacha se había casado y esperaba su primer hijo.

Entonces, llegó la joven. No entró. Simplemente apareció en la puerta. Espléndida en su tristeza, con el

infinito del sepulcro en la mirada azul, parecía una escultura hecha de suspiros. Una mirada le bastó para reconocer al Forense. Se acercó a él sin sonreír, tal vez ya no podía. Y el Forense ni siquiera hizo el intento de abrazarla, se dedicaba a contemplarla, feliz de que hubiera venido.

Las ofrendas y el trago habían hecho su efecto, y la conversación se animaba.

—Si la gente entendiera lo que es matar, desearían todas las armas.

—A mí lo que más me desagradó fue el zumbido, aunque no dura mucho.

—Cuando me salió a recibir mi tío Bernardo, supe que ya había muerto.

—A mí una monja me había dicho que, cuando se muriera, le iba a pedir a Dios darle la vuelta al mundo, para conocer todos los países que no había visto. Yo iba a hacer lo mismo y, a la hora de la hora, se me olvidó.

—A la gente le deberían advertir que lo peor que le pueden decir a uno en esos momentos es que no se muera. Ni la ametrallada me dolió tanto como ver a mi mujer y a mis hijos rogándome que no me fuera, cuando yo ya no podía evitarlo.

—De menos, me hubieran dejado casarme con mi novia. Un añito, aunque fuera, y después ya.

En eso, el ferretero se puso de pie.

—Gracias por todas las atenciones, pero mi familia siempre sí me puso ofrenda y ya me voy para allá. Fue un gusto. Buenas noches.

El Forense pudo ver cómo al joven de la leva le brillaban los ojos. Seguramente pensaba que también se acordarían de él y se excusaría con el gozo desbordándosele en cada palabra.

—¿Ya sabes quién me mató?

Al Forense la pregunta lo tomó por sorpresa.

—No. A mí no me toca averiguar eso. Pero conozco a los investigadores y, a decir verdad, ni siquiera lo están buscando. Así que no te hagas ilusiones.

—¿No hay justicia para mí?

—No es eso. Lo que pasa es que son demasiadas víctimas. Y si alguien de peso no presiona para que resuelvan tu caso, ni siquiera hacen el intento.

—¿O sea que nunca se me va a hacer justicia?

—¿Justicia? —Replicó el Forense, extendiendo las sílabas de esa palabra que casi no oía en su trabajo. —Sería muy bueno, yo no digo que no. Pero lo que es justicia, no hay en este mundo. Lo mejorcito que hay es el cariño.

—Y tú me quieres, ¿verdad?

—Sí, aunque no debiera.

—¿Por qué?

—Porque es falso. Mira a ese muchacho, creyendo que su novia todavía llora por él, cuando a esta hora ya está casada y de encargo. Igual yo, podría engañar a todos, hasta a mí mismo, pero la realidad es otra: sólo te conocí por casualidad.

—¿Vas a dejar de quererme?

—No, eso no. Nunca. Pero mañana voy a quitar tu retrato.

—¿Y ya?

—Ya. Nada dura en este mundo, mucho menos la felicidad.

—De aquel lado, sí.

—Y entonces, ¿por qué sigues tan triste?

—Porque no me he decidido a irme. Tú sientes la soledad, imagínate cómo siento yo el vacío de toda una vida.

—Perdónanos. Perdona a todo el mundo. Es la hora en que no sabemos apreciar el don de la vida, ni ningún otro.

En ese momento, todos los invitados se pusieron de pie.

—Ya va a amanecer.

La despedida fue rápida. Alguien aprovechó para comerse un pan de muerto de un bocado y el amontonamiento en el portón fue digno del transporte público. Ya en el umbral, la joven dedicó una mirada apenas teñida de sonrisa al Forense. Luego se fue la luz y, para cuando la planta de emergencia restableció la iluminación, el Forense estaba solo.

Al día siguiente, sus compañeros lo encontraron durmiendo la borrachera, encorvado en su silla, con los dedos aferrados al garrafón de plástico. Lo despertaron con algo de brusquedad y empezaron a atosigarlo con preguntas sobre su “fiesta” que él, tanto por la cruda como por el sueño todavía pesado sobre su cabeza, no podía responder.

Fue hasta después que se dio cuenta de que el retrato ya tenía los ojos cerrados. Ahora ella se veía serena y tan lejana como la distancia entre el polvo y los astros.



Álvaro Sánchez Ortiz (Ciudad de México, 1977) es licenciado en Letras hispánicas y en Filosofía, egresado de la UNAM, con mención honorífica, en ambos casos. Asimismo, realizó el diplomado en creación literaria de la SOGEM. Es autor de *Telúrico* (UNAM, 2018), obra ganadora del concurso de Ediciones Digitales Punto de Partida, en la categoría de cuento. Se ha desempeñado como profesor de literatura y de teatro.



MAMUSHNO

por Mónica Teresa Müller

El sol parecía cabecear y casi adormecido se amparaba detrás del follaje de los Plátanos. La ciudad se oscurecía, poco a poco, al tiempo que la magia de las sombras cobijaba la soledad de la calle por la que caminaba una mujer. Recorría un trecho de vereda y frenaba la marcha para arrancar los papeles pegados sobre los caños que indicaban las paradas de colectivos. La actitud de la mujer demostraba furia, pero su mirada era el aposento de una tristeza profunda. Los papeles ofrecían sexo y, en ellos, estaban escritos nombres y un número telefónico.

“Todo es posible durante la noche”, pensó la mujer, “porque la mentira es amiga de la oscuridad y el ser humano es mentiroso”. Caminaba erguida, sostenida por la flacura de su esqueleto y la altura no exagerada le daba un porte que atentaba contra su fragilidad. No estaba vestida con desaliño, todo lo contrario y sumaba a ello gestos que manejaba con finura. Se llamaba Clara. Un haz de luz le rozó la cabellera y la tiñó, por un instante, con matices dorados.

Cuando hubo arrancado un manojo de papeles, los guardó en un bolso y aceleró sus pasos entonces, la falda del vestido de holgura caprichosa, aireó las piernas de Clara como en un intento de azotarlas luego de cada movimiento. Tiritó mientras cruzaba la plaza; las piedras del camino se retobaban bajo las suelas de sus zapatos, se golpeaban y regalaban una melodía que bordeaba lo insoportable.

La mujer se sentó en un banco de la plaza. El cielo le ofrecía la inmensidad y le dejaba, a elección, la posibilidad de viajar con la mirada y abrir la puerta a los pensamientos. Él estaba allí, en su cama junto a la ventana, viendo las estrellas que alumbraban la habitación, la misma a la que ella entraba todas las noches y se inclinaba para besarla.

Un pájaro rezagado la sobresaltó con su aleteo mientras, la pareja sentada frente a ella permanecía en su mundo.

Su pequeño había crecido y las cuestiones con que la vida nos sorprende, lo habían alejado sin dejar rastros. Clara tembló, no sólo porque la humedad ingresaba a su cuerpo y le calaba los huesos, sino porque imágenes desaforadas jugaban con detenerse y trasladarla al pasado. Las palabras retornaban, las frases entrecortadas fueron, presente; Clara no resistió y abrió la puerta a los recuerdos, algunos fueron dagas y abrieron heridas, otros la castigaron sin piedad.

La maestra de León la había citado. “Señora, el tema es delicado, León me ha confesado que su padre, a él y dos de sus amiguitos los...” Hubiera querido ser sorda, pero la realidad había que afrontarla, y Clara lo había hecho. Ambos, su hijo y ella, supieron de pruebas, de estudios, de psicólogos, conocieron la sensación que la vida se terminaba y que un perdón no les permitía avanzar, pero aunque pretendieron frenar la existencia, el tiempo galopó por su misma ruta y las cosas sucedieron a pesar del freno que le pusieran sus deseos. El niño fue un adolescente que cargó con una adultez anticipada. El hijo cariñoso y cercano transmutó a distante y poco comunicativo, y fueron otros sus amigos, y otras sus respuestas. Ya no le decía a dónde iba ni con quiénes. Según el joven, su madre debía ocuparse de ella y mejorar el defecto de la intromisión. Sólo permanecía vigente entre la relación de ellos la palabra inventada por León: mamushno, cuando quería que su madre no lo molestara con preguntas que él no iba a contestar.

Cuando el hijo de Clara cumplió veinticinco años, una carta sobre la mesa del comedor, simuló una despedida. Le decía que la amaba y que por eso se marchaba, para que ella no sufriera, que su vida había

tomado un rumbo que a ella no le agradaría. Le decía, también, que él estaba marcado con líquido indeleble igual al de la persona con la que se iba; su culpa la debería pagar de alguna manera y pensaba que la había encontrado. Por último, le rogaba, por el amor de ella hacia él, que no lo buscara.

Durante el primer mes, Clara cumplió con el pedido de León, pero como no le había prometido nada, comenzó la búsqueda. Su hijo era un fantasma, nadie sabía sobre él. Fueron dos años interminables, el vacío la rodeaba, el desaliento intentaba acoplarse a sus deseos y la angustia, como un animal rapaz, practicaba destrozarle las entrañas.

A veces pensaba que lo sucedido durante la niñez de su hijo era su culpa por no haber sospechado qué pasaba, alguna persona le había dicho, que quizá aquello fuera el detonante de la vida elegida por León. Era una tortura no saber de él.

Una noche, la llamaron por teléfono, era la voz de un hombre con cadencia delicada:

---Si querés saber de tu hijo, regresó de Chile, barranca abajo y ahora publica sus servicios en las paradas de colectivos de la zona de Once, es un puto barato- Clara oyó la carcajada- su teléfono es: 15 6478 ...

La comunicación se cortó y la persona que llamaba no alcanzó a decir los números que faltaban.

Clara, sentada en el banco de la plaza, transpiraba, los recuerdos le habían revolucionado la sangre que avanzaba con rapidez por su cuerpo y había elevado la temperatura. La pareja del banco frente a ella, no se había percatado de su presencia y continuaba con los arrumacos.

El llamado había sido una comunicación retenida, por lo tanto, solo le quedaba encontrar el número completo en los papeles pegados en los caños de las paradas de colectivos.

La mujer estrujó el bolso y sintió el crujir de los papeles, se levantó del banco y fue en dirección a su casa. Estaba fatigada, era muy posible que el estrés causara estragos en su salud. León estaba en Buenos Aires y presentía que él, necesitaba que ella lo encontrara.

Era su hijo, lo quería de manera incondicional y no le importaba qué cosas había hecho de su vida, ni qué hacía, lo importante y verdadero era hacerle entender que lo amaba y que quería estar a su lado.

Desparramó los papeles sobre la mesa y controló los números, halló dos que cumplían con la búsqueda. Clara temblaba, de nuevo las palabras golpeaban sus

pensamientos y pretendía ser intruso en el espacio de los recuerdos. León la abrazaría fuerte, hasta ahogarla entre sus brazos cuando se encontraran y le diría que la había extrañado y la llamaría mamá...Ella haría hasta lo imposible por ayudarlo a salir de la vida en la que estaba inmerso, porque seguro que su hijo había perdido las fuerzas para lograrlo.

Clara agarró el celular y marcó uno de los dos números.

-Hola- respondió alguien.

-¿León?-preguntó

-No, equivocado.

Clara estaba menos nerviosa cuando marcó el segundo número. Aunque ella deseara lo que deseara, los acontecimientos sucederían igual.

-Hola, ¿León?- Del otro lado imperó el silencio, que pareció ser la respuesta afirmativa. Clara se inquietó, las manos comenzaron a temblar y la voz intentó desfallecer, pero ella repreguntó, la respiración del interlocutor se sintió en el oído de Clara, agitada. Entonces, una voz suave le contestó: "Habla Luana, Mamushno" y cortó.



Mónica Teresa Müller nació en Adrogué, Provincia de Buenos Aires, Argentina. Autora de cuentos, crónicas y relatos en las obras: "Palabras de Taller" (1999), "Los de Adentro" (2003), "Homenaje a Oliverio Girondo" (2003), "Torbellino de Palabras" (2010), "Sueños Dirigidos" (2014), "Polifonía" (2017), "El Lector y otros Emojis" (2018), Embajada de Emociones (2020) con GLA, Grupo Literario Ayacucho. Recibió menciones y primeros premios. Fue miembro fundador de la revista: "Visto desde aquí". Participó en Talleres Literarios del Programa Cultural en Barrios de la Ciudad de Buenos Aires.

REAL DE SAN MIGUELITO ARCÁNGEL

NOVELA ANTI HISTORICA

Navegando siempre hacia Occidente, desafiando todos los peligros existentes, el valiente, el temerario, el heroico Cristóbal Colón llegó a las Indias. ¡Bendito Dios!

La novela nos retrata la vida en la Nueva España y las travesías del Nuevo Mejico a España, una vez consumada la conquista, nos guía a través de los defectos y virtudes de lo que estamos hechos los seres humanos: la codicia, el odio, el engaño, el honor, la lealtad, el erotismo, el amor, la vida, la muerte, los héroes, los villanos, al final todos mortales; patrones que se repiten desde los tiempos más remotos hasta nuestro días, historias, leyendas, anécdotas, cuentos que se transmiten de generación en generación a través de los abuelos, de los tatas, de los patriarcas, de los jefes del pueblo, de padres a hijos, que dan origen a los pueblos, a las culturas.

“pueblo aguerrido acostumbrado a defender sus derechos con uñas y dientes, donde sin distinción de sexo se lucha a muerte antes que dejarse vencer”

Fue George Orwell el que alguna vez diría “la historia la escriben los vencedores”. De Real de San Miguelito Arcángel, novela antihistórica ¿Quiénes son los vencedores? ¿Quiénes son los vencidos? Los conquistadores, los conquistados, Malitzín, Malinche, El capitán Santiago de Benavente, la tribu perdida, los españoles, la nueva raza mestiza, Don João Costa, Cristóbal Colón, el Rey Carlos, Moctezuma, la Reina de Portugal, Doña Jimena, Don Jacob, los tatas, El Duque de Gandía, el Papa Clemente VII, la santa iglesia, la santa inquisición.... Personas reales, personas ficticias que viven la esencia humana, que crean la historia y la hacen nuestra.

Real de San Miguelito Arcángel nos envuelve con el aroma del chocolatl, el sonido alegre de panhuéhuets y chirimías, el horror del ruido generado por los cuerpos humanos rodando por las escalinatas después de los sacrificios humanos, la tensa calma chicha en medio del mar, los lujosos y ostentosos palacios, las selvas, los puertos, los navíos, las minas, el brillo del oro, al final siempre el oro.

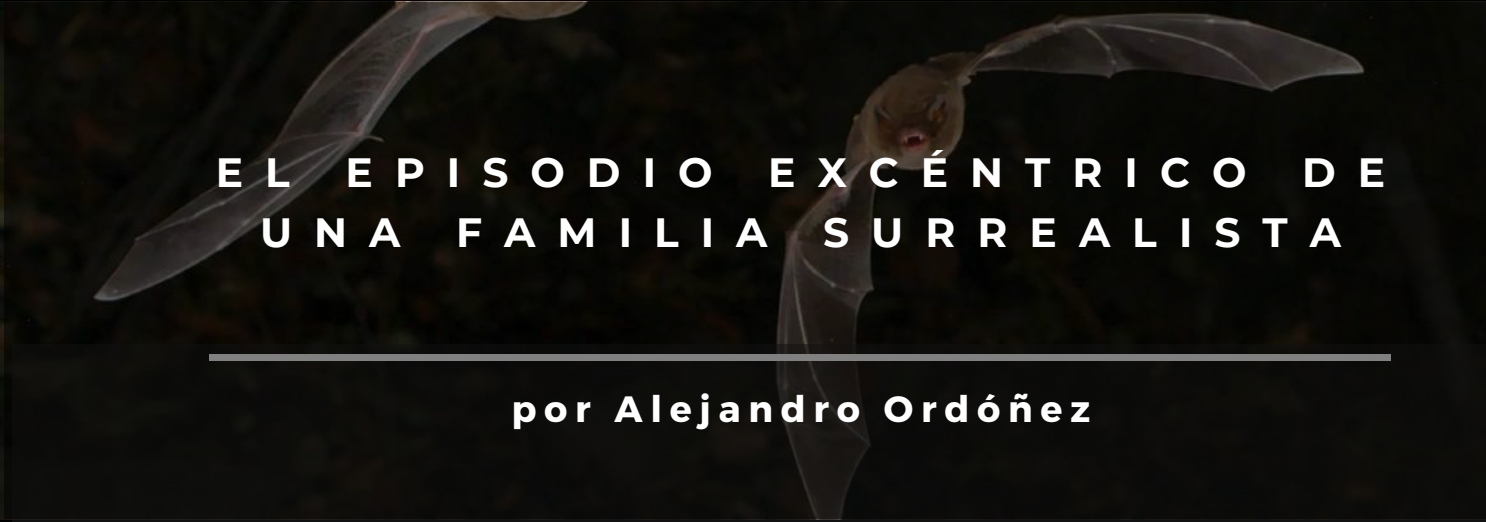
“Entró a la catedral de San Miguel Arcángel, se estremeció al conocer la historia de la tribu perdida y ver de cerca las facciones de esos indígenas inmortalizados en el monumento a los fundadores, están ahí los niños, mujeres, ancianos y hombres jóvenes, cuyos rostros reflejan el miedo y la esperanza propia de los que ignoran si van en busca de la libertad o de la muerte”

Jose Luis Pérez León

EN VENTA POR AMAZON.COM

amazon.com





EL EPISODIO EXCÉNTRICO DE UNA FAMILIA SURREALISTA

por **Alejandro Ordóñez**

Cuatro de la madrugada, Dolors, cosa rara, despierta, va al baño, aguardas hasta verla regresar. Oscuridad absoluta no te impide ver el brillo de su sonrisa, escuchas su tono zalamero. ¿No querrías ver un ratito el tenis? En la máuser, tu hora cero son las siete de la mañana, levantarte antes es arriesgarte a pasar el día en calidad de bulto, pero cómo le dices que no a tu prenda amada, tu princesa, la mujer con la que compartes penas y alegrías desde hace un titipuchal de años. Tu buena conciencia te dice: acepta, no seas tonto, no la hagas enojar tan temprano. Ocultas el brutal encabronamiento que te posee y le dices con una pinche vocecita como de muñeco de ventrílocuo, sí cariño. Prendes la tele, Melbourne, Australia, como siempre un juegoazo, lo malo fue que nos pasó lo que a Joaquín Sabina porque nos dieron las cinco, las seis, las siete y las ocho, match point. Fin de partido, Dulcinea duerme apaciblemente, su rítmica respiración así lo indica, decides no moverte porque si de por sí las mañanas no son lo suyo, ahora con la desvelada, uta mae, la que te espera.

Contra lo imaginado, después de cruenta desmañanada, el matrimonio feliz, la pareja perfecta desayuna en santa paz. ¿En santa paz? Si, quién lo creyera. Las horas transcurren; sin embargo, en un hogar donde reinan la paz y la concordia parecen minutos. Te metes a bañar, terminas, estás secando tu rotunda humanidad, escuchas un grito de terror. Tu dama, tu bella dama, ¿qué le pasa a tu princesa? Cristo resucitado, que no sea nada grave. La princesa Pirulí pregunta con voz que te hace recordar a las hermanastras de la Cenicienta. ¿Todavía no has terminado de bañarte? Clavos de Jesucristo, ¿qué debes decir? ¿Sí, no, en eso estoy? ¡Baja! Escuchas una voz que no admite réplica, pero hasta

olos caballeros de la mesa redonda necesitan ir vestidos para salvar a sus damas. ¡Urge que bajes! Segunda llamada, te repites en silencio, más vale que bajes; pronto, calzones, camisa, pantalones, zapatos sin calcetines, escurriendo agua como perro recién bañado. Voy cariño, voy. Y ahí va el Quijote, escaleras abajo con riesgo de romperse la máuser. Adarga en mano y sin más protección porque no hubo tiempo de tomar su escudo. Llegas a la cocina, preguntas dónde está el dragón. En la lavadora. Y tú, envalentonado, retas a singular combate a tamaña fiera, te encomiendas a San Jorge, escuchas la voz de doña Aldonsa, es un sapo horrible. Tiemblas, Dios bendito. ¿y si es venenoso? Porque en los documentales de National Geographic dicen que de que los hay, los hay.

Levantas la tapa de la lavadora, una garra amenazadora se mueve, luego otra y otra más. Tres negras garras que son como un presagio de lo que te espera. Cierras la tapa y le dices: mejor sácala tú porque a mí ya me ganó la risa. No, no es cierto, pero de que lo pensaste, lo pensaste. Rápido, -le dices- ya con el valor recuperado. Busca un trapo para atrapar a la fiera, por si las dudas te haces a un lado para que las llamas del dragón no te quemén. Tu princesa regresa con una de las escasas toallas de baño que no están convertidas en una garra. ¿Con esa, preguntas?, si es casi nueva. Tiene lo menos cinco años, escuchas una voz semejante a un trueno que saliera del cielo. Por eso, es casi nueva, respondes, sin mucho entusiasmo. Se inicia entonces un profundo diálogo filosófico: to be, or not to be, ¿toalla o trapeador?, analizan las conveniencias que ofrecen una

y otra prenda. Por fin la convences, un trapeador es más manejable. La Princesa Caramelo conviene en que tienes razón y te ofrece el trapeador más nuevo de la casa, todavía sin usar. Estás a punto de rezongar, ves la mirada decidida de tu dama, esa por la que te enamoraste de ella y quieres tanto. Aceptas, contrito, el trapo nuevo. Vuelves a abrir la tapa, contemplas las garras negras, las delgadas piernas negras de las que cuelgan, concluyes que es una peligrosa ave carroñera, ves a lo lejos la mirada serena, seria, ya medio encabronada de quien ya saben y te animas, siempre te ha animado de esa manera. Envuelves con el trapeador nuevecito al animalejo, la fiera se mueve, lucha por zafarse, no te dejas amedrentar. ¿Qué hago con esta fiera?, te preguntas. La Presa Madin, te respondes, el campo que está pegado a la presa, lleno de árboles, te diriges a la calle, por alguna razón inexplicable la pérfida Ginebra te ha ganado el paso y ya está a media calle, corriendo delante de ti, gritando, llorando, gimiendo, diciendo incoherencias ininteligibles. Los vecinos se asoman discretamente, se preguntarán si no será que le estás dando justa madriz, pero no, te conocen bien y saben de tus tribulaciones. Para entonces la princesa se ha convertido en la llorona loca y al ver que vas luchando con tu presa, para que no escape, grita, vocifera entre chillidos ¡Ni te me acerques! ¡Ni te me acerques! El respetable público no tiene ya motivo de duda. ¡Se la está madreando bien gacho! Las vecinas te ven con odio, los vecinos con admiración. Uno de ellos voltea a ver que no lo esté mirando su mujer, cierra un ojo y levanta el pulgar en señal de aprobación.

Llegas al césped, empiezas a liberar a la fiera, lo que era una diminuta criatura empieza a expandirse, despliega sus alas negras, delgadas, brillantes, enormes, parecen la tela de un paraguas, te sorprende que esa enorme criatura haya cabido en la palma de tu mano. Observas sus delgados dientecillos, sus ojos rojos, como inyectados de sangre. ¿De sangre? A su... El bichito abre y cierra el hocico como si a la manera de José Alfredo te dijera: ya no sé si maldecirte o por ti rezar. Te condues del bichito y te maldices por no haber sido más cuidadoso, porque al baño con detergente y líquidos para lavar con que fue criminalmente rociado, habría que añadir los apretones que le diste. Te preguntas si no será necesario darle respiración de boca a boca, en ese momento ves que su pancita se expande y se contrae, respira, te preguntas si el doctor Galicia podrá llevarlo a terapia intensiva, recuerdas que los hospitales rebozan de bacterias. Decides dejar solo a

Batman para que se reponga de la gritiza, regresas a la Baticueva, la fiel Penélope aguarda en el jardín. Te ordena tirar a la basura el trapeador nuevecito. Tratas de acercarte a ella para consolarla, te repudia, vienes inmundo, dirían tus amigos judíos. La miras en espera de un reconocimiento por haber arriesgado tu vida para salvarla, en lugar de eso recibes acres reproches y la amenaza de que no volverá a probar alimento en su vida, por el asco que le dio ese animalito que podría ser la mascota de tus queridos Patrick y Troy, allá en la lejana Australia. José Alfredo Jiménez comprende que no le queda más remedio que emborracharse así que se sirve una generosa copa de tequila y una cervecita fría. A lo lejos, como dijera Pablo Neruda, alguien llora, Nosotros los de entonces ya no somos los mismos. Chin. De pronto irrumpe en la sala una mujer bragada, sólo le faltan las espuelas, te ve con desprecio y exige su tequila y pide su canción. Órale. Una cervecita es capaz de tranquilizar a una fiera. El Rey Arturo pregunta si no habrá alguna recompensa, un reconocimiento por su valor indómito, Ginebra contesta enfadada: ¡Ay mira!, si no hubieras estado aquí habría pagado cien pesos y lo habrían sacado. José Alfredo se sirve otro tequila y a punto de llorar canta: ando borracho, ando tomando porque el destino cambió mi suerte... Hora de la comida, se declara una tregua, un armisticio. No llegas al postre, te quedas dormido en la silla. Tienes pesadillas, sueñas que el contacto con el quiróptero te contaminó y te has convertido en vampiro, cabeceas, estas a punto de caer, un grito imperativo te despierta, vete a dormir a la recámara. Te levantas, en vez de obedecer te diriges a la reja. La madrastra de Blancanieves protesta, no me digas que vas a ir a ver al murciélago. Llegas adonde lo dejaste, no está, se fue, voló, vive, Batman vive, perdura la leyenda, ¡Bendito Dios!



Alejandro Ordóñez

Autor de nueve novelas, tres de ellas históricas; la primera, llamada "Cábulas", fue editada por la editorial Plaza y Valdés y las más recientes, "Real de San Miguelito Arcángel" y "Fragmentaria", disponibles en Amazon.com. Ha obtenido diversos premios de cuento y novela; escribió guiones para el programa televisivo "La hora marcada". Titular de una columna periodística en la que ha publicado cuentos, crónicas, artículos de opinión, análisis político y cultural, misma que se ha difundido por periódicos y revistas impresas, así como digitales; y editorialista en programas de radio. Actualmente colabora con la revista "Molino de Letras".

HABLEMOS DE LIBROS

“Tierra de empusas.”

”

Olga Tokarczuk.

Por Marilú Ricalde

Lo leí dos veces. Lo confieso. No por gusto, sino por obligación. Empecé a escribir en este espacio y me di cuenta de lo mucho que me había perdido. No sabía ni cómo empezar. Así que decidí por la verdad.

La lectura fue densa y lenta. Mi poder de concentración no fue suficiente y pagué las consecuencias. Esta segunda lectura fue estupenda, me deleité con todos los detalles y referencias históricas, culturales y científicas. Percibí la profundidad y lo complejo de la autora; la ambigüedad y sutileza de su narrativa y la provocación para crear pensamientos de reflexión. La novela invita a llenar los vacíos, que de forma deliberada aparecen, y a cuestionar sobre los temas y emociones que se presentan. La historia del joven Mieczyslaw Wojnicz y la búsqueda de su propia identidad. Un ser ambiguo que oculta un secreto. Algo muy íntimo, algo con lo que ha luchado desde su infancia en un contexto extraño en el que se producen misteriosas muertes de hombres en los meses de noviembre.

Me sentí abrumada por la misoginia presente en las conversaciones de los personajes masculinos y la presión hacia las mujeres. Práctica recurrente en la sociedad patriarcal de la época. Por eso no es casualidad que la trama principal sea alrededor de las empusas.

Mujeres mitológicas con capacidades metamorfosicas que se alimentan de la sangre de jóvenes apuestos.

Como si se tratara de salvar a las mujeres de esa misoginia, la mirada femenina es testigo de todo lo que acontece. Ellas mismas se transforman en las narradoras de la historia.

Así como los bosques son poseídos por estas féminas, lo son los habitantes del pequeño pueblo de Görbersdorf. Una ciudad que alberga a enfermos de tuberculosis que están en la búsqueda de la anhelada cura para este mal.

La trama pareciera breve, sin embargo, son muchas las historias y narrativas que se entrelazan en el tema principal, provocando una lectura rica y fascinante, reconociendo que se requiere de atención y concentración para seguir los diferentes hilos de la historia.

La capacidad de Olga para tejer historias dentro de las historias provoca un tapiz enrevesado, seductor y notable.

En definitiva, “Tierra de empusas” es una obra que te deja con mas preguntas que respuestas, pero te hace reflexionar de manera profunda y significativa sobre la condición humana.

Olga Tokarczuk

Es una destacada escritora y activista polaca nacida el 29 de enero de 1962 en Sulechów, Polonia. Estudió psicología en la Universidad de Varsovia y trabajó como psicoterapeuta antes de dedicarse a la literatura.

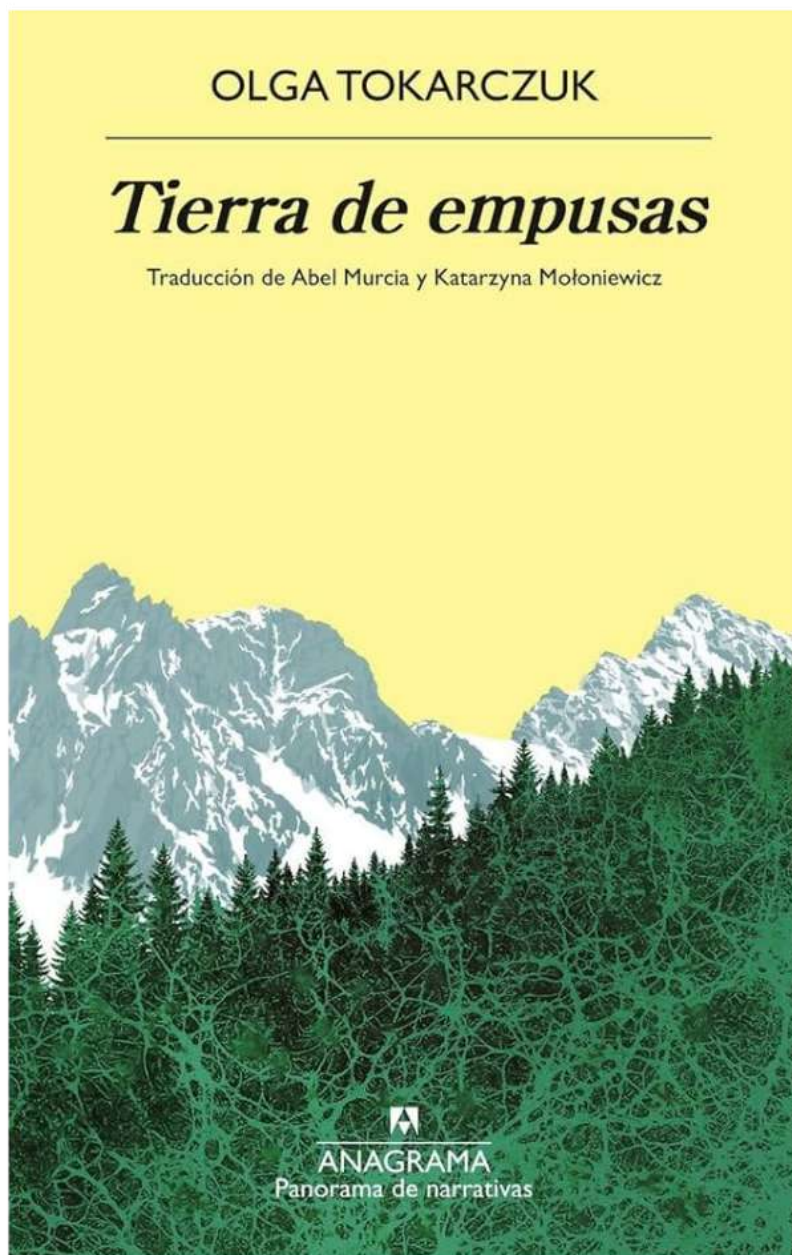
Tokarczuk ha cultivado tanto la novela como el relato, y su obra se caracteriza por su versatilidad y exploración de temas como la historia, la policiaca, la mitología y la espiritualidad.

En 2018 obtuvo el Premio Nobel de Literatura además de haber sido galardonada con otros premios.

Tierra de empusas es su primera novela después de haber recibido el Premio Nobel.

Olga es conocida por su activismo y compromiso con causas sociales y medioambientales.

Ha sido vocal sobre temas como los derechos de los animales, el feminismo y la protección del medio ambiente. Su fundación, establecida en 2019, busca promover la literatura y la educación como herramientas para el cambio social.



Marilú Ricalde Es una amante de las letras. Nacida en CDMX cursó la licenciatura en Contaduría Pública para darse cuenta más tarde que su verdadera profesión son las letras. Estudió en Casa Lamn y hoy sigue estudiando el oficio de escribir en varios talleres.

CELULOIDE EN LLAMAS

Sonríe

por Italo Ruas

Los payasos, a lo largo de la historia del Cine, han sido de gran importancia para alimentar el Arquetipo del Loco. En 1930 aparece una obra titulada “El Ángel Azul”, donde un profesor de una escuela se enamora de una cabaretera y termina su profesión de docente para casarse con ella, convirtiéndose en el payaso de un cabaret y despojándose de su dignidad. En esta obra se explora la miseria del ser humano que habita detrás del maquillaje de un payaso, quien tiene que mostrar una sonrisa al mundo antes que confrontar su dolor. Este principio se encuentra vinculado con la nueva obra de “El Guasón” del 2019, donde un hombre con problemas psiquiátricos es puesto al límite por la crueldad social que lo rodea, en un mundo en decadencia, en que se le exige poner una sonrisa ante cualquier adversidad. La obra hace alusión a obras como los son “La Naranja Mecánica” de Stanley Kubrick de 1971 y “Taxi Driver” de Martin Scorsese de 1976, ya que explota la perturbación humana, al transformar al personaje en un monstruo que no es capaz de controlar su necesidad de acabar con la sociedad que lo formó. No hay que olvidar que en 1966 se realiza la primera película de Batman, partiendo de una serie de televisión exitosa, donde aparece el Guasón, interpretado por César Romero, quien representa a un criminal maquillado como Payaso con la intención de poner en problemas a Batman.

Hasta 1989 en la obra de “Batman” de Tim Burton encontramos a un guasón mejor constituido, con la actuación de Jack Nicholson, quien le impregna una problemática psicópata, sádica y narcisista. En el 2008 aparece “El Caballero de Noche” donde el Director Christopher Nolan dirige a Heath Ledger en la mejor



actuación de su carrera, para representar a un desquiciado sociópata impulsando la anarquía, y poniendo en entredicho al Antihéroe y al sistema social.

Finalmente, llegamos a la obra que se estrenó el 4 de octubre del 2019 en las salas de cine en México, donde Joaquín Phoenix nos presenta un Guasón más complejo y perturbado. A lo largo de dos horas, el espectador viaja con el personaje hasta sus entrañas, para liberar al sociópata con varios momentos esquizoides. Las secuencias de la obra nos invitan a comprender la mente torturada, traumatizada y perversa del Guasón, al igual que las excelentes composiciones visuales que presentan deterioro de los escenarios que expresan el interior de Arthur Fleck, alias “el Guasón”.

La obra se ayuda mucho de la musicalización, ya que en ciertos puntos realza la problemática del personaje y en otras la contrapone, como sería en la escena final al poner la obra musical titulada “Smile” de Jimmy Durante. El Director Todd Phillips -que nos tiene acostumbrados a una comedia negra e irreverente- alcanza a desarrollar un drama extraordinario, al vincular aspectos estéticos en la

decisión de los emplazamientos, y al desarrollar tomas representativas para la obra con una excelente puesta en escena; un maravilloso trabajo fotográfico, en que los contrastes generados por la iluminación a cada instante de la película, aluden a la belleza de lo terrible y a una construcción del montaje que provoca al espectador empatía con el villano, por lo que exige una reflexión madura por parte del público, al igual que un análisis profundo para entender la complejidad y vulnerabilidad de la psique humana, buscando no justificar los actos del asesino.

Ítalo Mario Ruas Arias.

Director cinematográfico.

Dentro de sus múltiples actividades realizadas en el mundo de la cinematografía destacan:

Desde el año 2020 coproductor del proyecto “Telemática cultural”, para la difusión de la cultura, en México y países de habla hispana, cada semana transmiten conferencias virtuales sobre cuestiones de humanidades. De 2017 a 2020 implementó y dirigió un espacio cinematográfico y con alianza de la Cineteca Nacional y otras distribuidoras, realizó la curaduría cinematográfica de más de 200 películas, incluyendo el estreno de la película Roma y los cortometrajes del Festival de cine de Morelia.

Su cortometraje “Papalotl” participó en varios festivales de cine y fue selección nacional en Rusia por Green Vision XII International Environmental Film Festival 2017, dicho cortometraje obtuvo diversos galardones y mereció elogios en festivales de Portugal, México y España.

Desde hace catorce años es docente de distintas prestigiosas universidades, como la Universidad Anáhuac y otras. Durante varios años fue director de comunicaciones en el Centro Universitario CUIH, y para la casa productora Punto de Idea realizó diversas actividades como fotógrafo, camarógrafo, asistente de producción, y otros, para la producción de diversos videos.

Desde el 2005 es director de cine independiente y ha elaborado diversos videos comerciales y cortometrajes, entre los que destacan: Juego de rol, de Kieven Herrasti; El Payaso y Lindé, ambos de Mariana Gómez y ha asesorado diversos proyectos estudiantiles de cine en la Universidad Iberoamericana.

Finalmente es de mencionar que desde 2007 imparte cursos de apreciación cinematográfica, en los que se entablan diálogos con el público, que abarca la historia, estética, técnica y los discursos filosóficos de obras cinematográficas, así como el reconocimiento de los directores y su trascendencia en el medio.





“ EL AQUELARRE ” DE FRANCISCO DE GOYA

por Ana Lourdes Ross Aguilar

El tema de la brujería es, en Francisco de Goya, un elemento presente en varias de sus pinturas, y que al parecer proviene de su vínculo con los ilustrados de Madrid. El dramaturgo Leandro Fernández de Moratín, quien había reeditado con notas críticas el relato del proceso de las brujas de Zugarramurdi, fue una poderosa influencia que Goya decantó aún más bajo su mirada crítica acorde con su pensamiento, durante el proceso de efectuar la serie de seis “asuntos de brujas” que le encargaron los duques de Osuna para su palacio de recreo en la finca de la Alameda de Osuna; la pintura “El aquelarre” que trataremos en esta ocasión, fue realizada entre 1797 y 1798 en óleo sobre lienzo, y con medidas de 43 x 30 cm.

Este cuadro de dimensiones pequeñas, responde al sentido tradicional de un aquelarre; hay que acotar que esta palabra tiene origen vasco, y se traduciría como ‘prado del macho cabrío’, de tal forma que lo que observamos es un conciliábulo de mujeres que se reúnen alrededor de un macho cabrío que, sentado sobre sus cuartos traseros, abre las patas delanteras para recibir la ofrenda de niños que se le otorgan. Goya maneja varios planos, en el primero, donde se reúnen las brujas y el demonio, detrás, otro grupo de mujeres cuyos rostros apenas se distinguen, y en lontananza varios montes que se van perdiendo en nitidez y toman su característico color azulado, mientras un resplandor blancuzco asoma detrás, perfilando las montañas.

Bajo un cielo tachonado de estrellas, la luz de la luna en fase creciente ilumina esta macabra escena donde seis brujas hacen sus ofrecimientos rodeando al demonio. Una de ellas, que parece levantarse o llegar a la escena, lleva en sus brazos a un bebé regordete que en cierto modo parece rehuir con sus brazos la cercanía de la pezuña del cabrío, mientras el rostro de la mujer, que lleva el chal en los hombros, muestra una actitud ansiosa, con los ojos entrecerrados y la boca abierta. Detrás de ella, se observa el rostro de una anciana; hacia el frente, sentada en el piso, una anciana de falda verde oscuro lleva en las manos un niño cadavérico que extiende sus brazos. Al centro y recostada sobre su brazo derecho, como aprisionando a otro bebé que se halla debajo de su brazo y del que se observan únicamente las piernas, otra mujer con chal de color claro sobre la cabeza y falda dorada, participa de la situación. A continuación, otra mujer joven, probablemente hincada, muestra con la mirada su devoción, mientras a sus espaldas yace el cuerpo de un niño también esquelético. Finalmente, una mujer robusta lleva una vara sobre el hombro, del cual tres cuerpos de nonatos cuelgan, cual presas de cacería. Detrás, difuminado, se aprecia el otro grupo de brujas que se adivina son también ancianas.

Por su parte, este enorme macho cabrío se muestra con los ojos amarillos inyectados en sangre, sobre sus cuernos hay hojas de vid formando una guirnalda, planta que se asocia con la imagen de Baco, y que a su vez le vincula

Ana Lourdes Ross Aguilar

con el dios Pan, deidad de lo silvestre y las cabras, cuyos rasgos en relación con el vino, son de liberación de los instintos y de las pautas sociales por medio de los excesos. El diablo encarnado en el cabro macho, presenta cuernos prominentes, y su actitud muy humanizada muestra apertura para recibir las ofrendas de niños, para alimentarse de su sangre. En el cielo revolotean figuras oscuras que bien pudieran ser murciélagos, también en número seis.

La pincelada de Goya, suelta y libre es en esta pintura, es rápida como a la vez precisa, porque para manifestar la reunión de brujas trabaja con los tonos apropiados para determinar sombras, delimitar siluetas, oquedades, que marcan pieles tersas o vetustas, con toques de colores claros precisos para marcar los diversos tonos en las formas, acentuando lo grotesco de la reunión y el alimento del demonio. En esta obra el tono crítico de Goya presenta el relato de lo que implica la superstición, acorde al pensamiento ilustrado: la reunión de brujas o aquelarre en altas horas de la noche en torno al macho cabrío, las brujas, que en su mayoría son viejas, que le dan niños al cabrón coronado de vid para que chupe su sangre como si fuese vino, los murciélagos revoloteando que representan a los brujos, los fetos y los niños exangües que finalmente morirán. Un corpus de elementos que tratan la ignorancia junto con el fanatismo de la época, como resultado de la falta de educación y pensamiento crítico, todo lo cual, denuncia con maestría el pintor.

Es licenciada en Ciencias Humanas en la Universidad del Claustro de Sor Juana, estudió las bases de dibujo y pintura para aproximarse más a fondo a la teoría y la crítica artística, a través del conocimiento de materiales, técnicas y elementos formales.

Cursó una maestría en Historia del arte en la UNAM, se dedicó a la docencia de arte, a dar conferencias y visitas guiadas por las rutas del centro histórico, a la enseñanza de la historia, a la investigación, a la coordinación y elaboración de los editoriales de un Boletín; se graduó posteriormente de la Maestría en Arte Contemporáneo en México y con estas bases diseñó, junto con una colega, un Museo Itinerante sobre el concepto del Arte Moderno y el Horror desde la perspectiva filosófica.

Durante ocho años llevó la Dirección Académica de un Centro Universitario, en el Estado de México y, finalmente, por su labor docente le fue concedido el Doctorado Honoris Causa por el Colegio Internacional de Profesionistas.

Cuenta con experiencia de más de 21 años como docente ante grupo en diplomados, licenciaturas y posgrados; actualmente se desempeña en la Universidad Virtual Anáhuac, con trayectoria de varios años, donde desarrolla y es docente en diplomados de teoría e historia del arte universal.



TACHES Y TACHONES

Estamos invitando a cuentistas, poetas, reseñistas, ensayistas, músicos, pintores, escultores, fotógrafos y anexos de la comunidad internacional, para que se incorporen a este esfuerzo, en el entendido de que conservarán sus derechos de autor y de que todas sus colaboraciones aparecerán con su nombre.

Si te interesa por favor ponte en contacto con nosotros o envíanos tus trabajos a la dirección tachesytachones@gmail.com donde con mucho gusto y respeto serán revisados por el comité editorial y de ser aprobados se publicarán en número subsecuentes.

Muchas gracias anticipadas por la atención que nos brindas.

Taches y tachones

Aviso de gratuidad.

Taches y tachones es una publicación de circulación gratuita, elaborada por un grupo de amigos con el único y exclusivo propósito de divulgar las letras y las artes, razón por la que no persigue fines de lucro y por ende carece y carecerá de ingresos, porque hasta los avisos comerciales son gratuitos; tampoco tiene erogaciones y los esporádicos gastos que lleguen a presentarse serán sufragados por los administradores de la revista, con cargo a su propio peculio.

www.tachesytachones.com